

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

LO DE LOS SELLOS

Mondariz.—Tengo el gusto de remitirle 25 pesetas. Propongo que no se hagan sellos menos de 25 céntimos, en este orden; de 25, 50, 100. Si los republicanos pudientes pensarán como yo, no harían falta sellos. **Emilio Pardo.**

Portman.—Todo el que sea republicano debe apoyar la excelente idea de los sellos. Cuento con 5 pesetas más para empezar; después ayudaré con lo que pueda. **Pedro López Vela.**

Medina de las Torres.—Cuento con 3 pesetas por lo pronto. **José Gallardo.**

Cervera de Río Alhama.—Disponga de 50 pesetas para empezar lo de los sellos. Después me suscribe por 5 mensuales. ¡Adelante! **Juan Manuel Zapatero.**

Carabanchel bajo.—¿Quién, que se precie de republicano, dejará de contribuir á que se realice la idea de los sellos? Siento no poder contribuir con más de 5 pesetas, por ahora. **Manuel Muñoz Herrera.**

Valladolid.—Cuento con 10 pesetas y con mi concurso para todo. **Manuel Escera.**

Valencia.—No dudando que sean los sellos para sellar la cara de muchos imbéciles, cuento con la modesta cantidad de 10 pesetas. **P. Lloret Guitart.**

Madrid.—Modestos obreros, federales de última fila, aplaudimos sus nobilísimas iniciativas, ya que hasta el presente no lo hacen los republicanos importantes, y nos suscribimos cada uno por una peseta, sin reintegro. **Pablo González. José Fernández Callejo. José Sabater. Bernardo López. Jesús Fernández. Antonio López y Fernández. Faustino Ibáñez.**

Amigo Pepe: Disponga de 15 pesetas más. **Modesto Moyrón.**

Dos pesetas para lo de los sellos. **José María López.**

Gandia.—Allá va el resultado de la suscripción que, al enterarme de su proyecto, abrí. D. Francisco Ferrer y yo 25 pesetas; Leoncio Albi 5; José Calvo 5; José Moret 3; Pascual Expert 3; Pedro Cuquerella 2; José Soler 3; Pepito Roselló 2; Arturo Abargues 3; Pedro Domingo 1; Bautista Chafer 1; Eduardo Sarti 1; Andrés Catalá 1; Vicente Moloda 1; Luis Bautista Ortuño 2; Angel Gasque 1. Total 59. **Juan Albi Santacreu.**

Quiruga.—No puedo hacer alarde de posición desahogada, pero sí tengo siempre 25 pesetas para toda iniciativa que de usted venga. Con motivo de lo de los sellos, me está saltando del bolsillo dicha cantidad. **Francisco Rebollo Bande.**

Gallarta.—Amplio mi carta última y puedo contar para los sellos con 5 pesetas de don Pascual Olavarría; 5 de don Juan D. Garmendia; 2 de don Gregorio Santolalla, 2'50 de don Gabino Garmendia, y 2'50 de don Alejandro Garmendia. **Benito Barriocanal.**

Aplazamiento necesario

«Nakens ha expuesto en El Motín dos ideas que merecen ser estudiadas. La una consiste en que todos los republicanos que quieran se vayan á Madrid, y allí en un día dado y en un sitio determinado hablen y discutan y acuerden. Se trata de una asamblea espontánea, sin votaciones previas, sin ulteriores nombramientos de comisiones, directorios etc., etc. La otra idea es menos lata; consiste en reunir el 11 de Febrero en Madrid á los periodistas republicanos de España.

Esas asambleas tienen la ventaja de que no han de ser ejecutivos sus acuerdos, ni parlamentaria su forma. Sean periodistas exclusivamente, sean republicanos de cualquier condición y clase, su objeto al reunirse en Madrid ha de ser el de discutir públicamente sobre los males del republicanism español y los medios de curarlos.

Indicaría la celebración de cualquiera de esas dos asambleas, que los republicanos existen, se preocupan de su suerte y conocen lo triste de su actual condición; preliminares necesarios para reavivar, progresar, volver á ser elemento vivo y fuerte en la política española.

Con los proyectos de Nakens, estoy conforme.»

Estos párrafos de un artículo de Castrovindo, me dan pretexto para decir:

Ninguna de las dos ideas está abandonada.

Pero como andan ahora en eso de ver si se unen fracciones, grupos é individuos sueltos, he creído oportuno aguardar al resultado.

No sea que dejen de unirse, como sospecho, y carguemos después con el muerto los que no hayamos tenido arte ni parte en el fracaso.

Si se uniesen, para resucitar á la vida de acción, lo propuesto por mí no sería ya necesario; pero si no se uniesen, ó lo hicieran para fines que no fuesen prácticos y decisivos, entonces sería llegado el momento de ver si realizáramos algo que respondiera á la aspiración de todos los republicanos que no hemos tomado por oficio el correr tras uniones infelices.

A la minoría republicana

Señor don Gumersindo Azcárate.

Muy señor mío y correligionario: No sé si usted ó el señor Muro el que acaudilla la minoría republicana del Congreso; pero como usted me es más simpático que dicho señor porque no pertenece á la orden tercera de San Francisco, como dicen que él pertenece, á usted me dirijo para exponerle las quejas que formulan los republicanos contra sus diputados, y los deseos, no ya sólo de los republicanos, sino de todos los españoles de buena voluntad.

Las quejas de los republicanos ya sabrá usted, porque á sus oídos habrán llegado, que consisten en que no hacen ustedes nada. ¡Cómo! exclamará usted: ¿No hago yo nada, cuando el otro día pronuncié un discurso que terminó entre los murmullos de aprobación de todos los lados de la Cámara? Cierito, ciertísimo, que pronunció usted un discurso elocuente, lleno de doctrina y tan hermoso por su fondo y por su forma, que los mismos adversarios tuvieron que rendirle homenaje de admiración; pero yo le pregunto ahora: ¿Cuáles han sido los resultados de ese discurso? No pretendo yo que con él derribara usted al ministerio, ni siquiera que derribara usted un ministro, pero al menos influiría el discurso de usted para modificar en algo el sentido de la ley que se discute? ¿Admitirá el señor Villaverde alguna camuflada inspirada en la doctrina por usted sustentada? Yo creo que no. El discurso de usted fué oído con mucho gusto, pero no dejó huella en el ánimo de los diputados. ¿Sabe usted por qué? Sencillemente porque los diputados y el mismo Villaverde están convencidos de que tiene usted razón; lo que es que á ellos conviene otra cosa distinta de la que allá en su foro interno comprenden es lo razonable. ¿No había caído usted en esto, D. Gumersindo? Pues si; cuantas veces se levante á hablar un diputado republicano y exponga con elocuencia y magistralmente las teorías democráticas y los principios de justicia que informan nuestro credo, si emplea tonos de templanza, obtendrá la benevolencia de la Cámara, porque los mismos que se sientan en la extrema derecha de la mayoría son exépticos en religión y en política cuando no tránsfugas de nuestro campo que se pasaron al enemigo para saciar sus ambiciones. A esos hombres no hay necesidad de convencerlos; están convencidos de antemano; lo que hay necesidad es de desamascararlos y de poner obstáculos en su camino. Los discursos que pronuncian los diputados republicanos, que por cierto no se prodigan tampoco, estarían muy en su lugar en un Congreso cuya mayoría la formaran monárquicos y neos convencidos, entusiastas sinceros de la dinastía, y devotos fervientes de la religión; entonces cabía intentar allí la propaganda del liberalismo y de la democracia; pero á los diputados actuales, á un gobierno presidido por el señor Silvela, que es el primer exéptico del siglo, á esos hablarles en el tono que usted les habla, es proporcionarles un rato agradable y una hora de placer. Los murmullos de aprobación con que fué acogido al final de su notable oración parlamentaria lo demuestran, pero la esterilidad de ella demuestra también que hay que emprender otro camino para obtener algún resultado.

En primer lugar, los discursos parlamentarios, á juicio mío, cuando los pronuncian hombres que pertenecen á una oposición extrema, han de ser duros en el fondo, y si no destemplados, un poquito vivos en la forma. Con ello se consigue excitar la pasión dentro y fuera de la Cámara, y al mismo tiempo que se araña ó se hiere, según la fuerza del orador, al adversario, se crea fuera de allí cierta atmósfera de lucha que mantiene el entusiasmo en las masas, y no se daría, si tal se hiciera, el caso que ahora se da: que los republicanos no se cuidan de ir por el Congreso, ni de leer la resúea de las sesiones. ¿Para qué? Si tropiezan con algún discurso que levante tempestades, es del señor Romero Robledo, del señor Canalejas ó de algún diputado catalanista. Los diputados republicanos no han dado todavía ningún disgusto al gobierno. ¿Por qué esto? Se comprende esta conducta en el partido sagastiano, que ha de suceder al actual en el poder y necesitará entonces de la benevolencia que él guarda ahora á los silvelistas; pero ¿está tan inmediato el triunfo de la República que deba observar la minoría republicana esa conducta gubernamental y templada, como si la ligara algún pacto al régimen actual? ¿Es que los diputados republicanos carecen de acometividad? ¿Es que no tienen condiciones para esa lucha? No lo creemos; pero si tal fuera, debían proclamarlo honradamente, y, renunciando el acta, retirarse á sus hogares. En una mayoría, hasta en una minoría numerosa, cabe que los diputados carezcan de condiciones de lucha; pero en la minoría reducida de un partido extremo no deben figurar más que diputados batalladores, diputados que creen todos los días un conflicto al gobierno, y que, en lugar de buscar la aprobación de los adversarios, busquen las interrupciones, las tempestades, y, si es menester, la expulsión de la Cámara.

Nadie más que usted, señor Azcárate, ha desacreditado la lucha legal. Los más furibundos revolucionarios se hubieran visto obligados á reconocer la eficacia de acudir á los comicios, si en las Cortes los diputados trabajaran por el advenimiento de la República, ayudaran la revolución; pero para hacer lo que ustedes hacen, la verdad es que no merece ser molestado el cuerpo electoral. Sin ustedes, ni Pidal ni Villaverde hubieran hecho más de lo que han hecho.

Y cuente usted que hasta ahora sólo he hablado de los discursos; pero en las Cámaras se pueden hacer otros trabajos que son mucho más eficaces que aquéllos. Sin discursos, el único senador carlista que hay en la alta Cámara, ha conseguido hacer poco un triunfo ruidoso que ustedes no han sabido contrarrestar; sin discursos, el señor Romero Robledo ha conseguido anular las actas de Murcia y hacer diputado á su amigo el señor Revenga. Solamente con que hubiera algún diputado republicano que acudiera con puntualidad á las sesiones y tuviera bastante energía para oponerse á la aprobación del acta hasta que hubiera en el salón suficiente número de diputados, se haría imposible la vida del gobierno y no hubieran pasado los proyectos de Villaverde.

Ahora mismo va á ser convertida en ley una enormidad que usted señaló en su último discurso. En el proyecto que se discute sobre derechos reales se concede á los curas un privilegio irritante. Las mandas que se dejan para bien de almas (léase á los sacerdotes) van á pagar menos que lo que se deja á un hermano ó á un sobrino carnal. A los vínculos de la sangre se antepone la protección desmedida á la Iglesia. ¿Qué hacen ustedes para evitar eso? Hay muchas enmiendas presentadas á ese proyecto descabellado; ¿cuántas han presentado ustedes? ¿No piensan emplear la obstrucción para obligar al gobierno á ceder sobre ese punto?

Estoy seguro que no. Villaverde conseguirá lo que desea para complacer el misticismo que predomina en elevadas regiones, y ustedes serán cómplices de ello, porque pudiendo evitarlo no lo evitan. Al menos, que se les viera luchar y tratar de impedirlo; pero no, es más cómodo dejar hacer, dejar pasar.

Señor Azcárate: á usted no creo que le sea indiferente, como á los gobiernos de la restauración, el juicio de la historia; pues bien: ésta tratará muy duramente á las minorías republicanas de las Cortes de la restauración y especialmente á la minoría que capitanea usted ó el señor Muro.

Jamás se ha visto una minoría que pudiera hacer más por la patria, por la libertad y por la República. Jamás se ha visto tampoco una minoría que haya hecho menos.

En el lugar en que había un convento que fué derribado por los liberales cuando Castellón estaba sitiado por Cabrera, se está alzando otro ahora, sufragando los gastos una señora muy amiga de un fraile.

Pero hete aquí que los céntimos se han acabado, y el fraile y la señora piensan disparar una misa al Altísimo, para ver si se digna tocar, no en el corazón, en la bolsa de los creyentes.

Lo cual me parece que no será, porque el Altísimo debe estar ya indignado de ver los tiempos que la gente nea da en su nombre, para que vivan bien los bigardos y se refocilen las beatas.

El Papa amigo de Francia Y NO DE ESPAÑA

Es notable el espectáculo que ofrece el estado religioso de Francia. Unos frailes reaccionarios, como todos ellos, pero más batalladores que los demás, emprenden una cruzada contra la república, y no una cruzada para levantar en armas al pueblo, sino una lucha estrictamente legal, recaudando dinero, publicando un periódico, contribuyendo al triunfo de algunos diputados, empleando, en fin, las armas que no están vedadas en los países libres, para cambiar el régimen político.

El gobierno francés, con muy buen acuerdo, persigue á esos frailes, porque la ley en Francia, como aquí, no consiente las comunidades religiosas, por más que los gobiernos las toleren. Los frailes son condenados, la comunidad disuelta y algunos de los hermanos asuncionistas pasan unos días en la cárcel, hecho inaudito para los beatos, hecho que aquí en España hubiera parecido monstruoso y atentatorio al sentimiento religioso del país.

En Francia no ha pasado nada. Ni siquiera la mayoría de los obispos y de los curas han protestado. La protesta se ha reducido á media docena de mitrados y á dos docenas de canónigos y sacerdotes. ¿Saben ustedes por qué?

Porque preveen lo que había de suceder. El gobierno francés ha suspendido el sueldo á los obispos y curas que se han permitido unir su protesta á la de los asuncionistas.

Y qué ha hecho el Papa ante la conducta del gobierno francés?

Fíjense los lectores. Se trata de unos frailes encarcelados, de una comunidad religiosa disuelta y de obispos y curas privados del sueldo. Pues el Papa, en vez de interceder por ellos, ha dicho públicamente que no aprobaba la conduc-

ta del clero que se ponía al lado de los asuncionistas. De esta manera el Pontífice romano ha ayudado al gobierno francés y ha allanado un obstáculo á la república evitando el conflicto.

Demasiado sabemos que el Papa hubiera procedido de mejor gana excomulgando á los ministros franceses, excitando al clero á la rebelión y suscitando la lucha; pero ¡ay! demasiado sabe León XIII que los gobiernos republicanos son celosos defensores de los fueros del poder civil y no se doblegan ante la cogulla. El podía haber promovido la guerra, pero hubiera reído bien el que hubiera reído el último, según dice el adagio francés. Inmediatamente se hubiera retirado el embajador de Francia cerca del Papa, se hubiera suprimido el presupuesto de cultos, y la Iglesia, privada de la ayuda del Estado, acaso desaparecería de la nación vecina. Por esto León XIII, previsor y prudente, lejos de querer guerra, quiere paz, y ayuda á un gobierno que expulsa á los frailes, que priva del sueldo á los obispos y que da una instrucción en las escuelas públicas puramente laica. Siempre procedieron así los pontífices con los fuertes y los poderosos. El Papa es amigo de Francia, ayuda á la república francesa porque la tiene miedo.

Veamos en cambio cómo procede en España, con esta hija predilecta de la Iglesia que todo lo ha sacrificado, y lo sacrifica en aras de la fe. Aquí no hay libertad religiosa, las iglesias protestantes no pueden tener fachada á la vía pública, los procesados por supuestos delitos religiosos no encuentran abogado, ó si lo encuentran, éste es reducido á prisión, aquel que se permite apartarse de la religión oficial sufre todo género de persecuciones y de vejámenes, el dinero de la nación se emplea principalmente en sostener iglesias y conventos, á pesar de ser más pobres pagamos con más largueza que en Francia á los obispos y canónigos, en las escuelas no se enseña ciencia, no se enseña más que el catecismo y la historia sagrada; en fin, los supremos destinos del país son regidos por un jesuita que todo el mundo conoce.

Pues bien, con esta nación tan católica, tan devota y tan fanática no tiene el Papa las deferencias que guarda á Francia.

Un obispo se permitió excomulgar á un ministro, al Sr. Navarro Reverter, y el gobierno cedió sin que el Papa autorizase al obispo. Otro obispo se permitió atacar á la reina (el de Plasencia) y el gobierno soportó el ataque, sin que el Papa dijera una palabra al obispo; los curas y frailes predicán á diario contra los liberales y contra las instituciones, sin que tropiecen con autoridad eclesiástica alguna que ponga coto á sus demasías. ¿Qué más? El obispo de Barcelona se ha permitido atacar á España, el cabildo de Tarragona ha prohibido el uso del castellano en la catedral, los curas todos de Cataluña son los que más alientan el movimiento separatista, y el Papa no dice nada.

León XIII sabe muy bien que el gobierno español es débil ante todos, pero muy especialmente ante él. León XIII no teme que los gobiernos de doña Cristina disuelvan una congregación, prendan á algún fraile ó priven del sueldo á algún obispo, y para qué ha de hacer nada por España. En Francia es donde urge apoyar al gobierno republicano, aunque sea masón y anticlerical; quizás por eso mismo. Al gobierno católico de España ya le concede gracias espirituales.

Sería una necesidad que el Papa interviniera en los conflictos que promueve el clero catalán contra la patria, cuando el gobierno rebaja los derechos de las mandas piadosas.

Sigan, sigan por ese camino Silvela y Sagasta. Mientras no procedan como los gobiernos republicanos, el Papa será amigo de Francia y no hará nada por España.

CAZALIA

¡FELICES TIEMPOS!

¿Quién no recuerda con fruición aquellas costumbres sencillas, aquellas ideas apacibles, aquellos hábitos honestos de nuestros respetables abuelos?

No hay que ir muy lejos en busca de estos ejemplos que traen memorias agradables de mejores días, como dijo el poeta. Basta repasar la historia y los escritos de principios de este siglo que, según unos, está próximo á terminar, y, según otros, ha terminado ya—pues ni aun en estas cosas, al parecer tan fáciles y exactas, podemos hoy ponernos de acuerdo—para hallar datos fide-

lignos de esa felicidad en que vivían nuestros progenitores.

Recordemos la España del amadísimo y deseado Fernando VII.

El pueblo había luchado con brío, con heroísmo por su independencia, por su trono y por su religión. Había matado muchos franceses. El fiero Bonaparte vió estrellarse su buena suerte y desvanecerse sus sueños ambiciosos contra el tesón y la bravura de los chisperos y manolos españoles. Pepe Botella tuvo que salir de nuestro territorio en rápidas jornadas á uña de caballo. España fué feliz en aquella época. Había conseguido librarse del duro yugo napoleónico y habíase ceñido voluntaria y amorosamente al cuello las dulces caenas borbónicas, bajo las cuales tantas glorias había alcanzado y tantas aún debería alcanzar corriendo el tiempo.

Verdad que la dinastía á quien nos legó en herencia, como quien lega una dehesa boyal ó una suerte de tierra de pan llevar, el bueno de Carlos II, empezó su reinado con una larga y sangrienta guerra llamada de Sucesión, en que España estuvo á punto de perder á Cataluña; continuó después con una sabia política que nos hizo perder nuestro colosal imperio de América, y ha continuado aún por el mismo camino haciendo que se sublevaran primero y nos las quitasen luego los yanquis, las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, únicas que nos quedaban, y hasta que otra vez se pusiera en entredicho la unidad nacional de la que llegó á decirse si estaba ó no estaba mal cosida ó hilvanada.

Pero esto no hace al caso; la monarquía ha velado por nuestras buenas costumbres y por nuestra santa religión, que es lo importante.

Volvamos á nuestros abuelos del año 20. Ellos eran completamente felices, vivían en envidiable paz. El movimiento y la balumba del progreso moderno no les inquietaban; las ciencias les importaban tres cominos; las ideas no atormentaban su mente. Eran unos sencillotes encantadores. Reposados, tranquilos, serios... Hablaban del rey llevándose respetuosamente la mano al sombrero; de Dios y sus ministros descubriendo la calva ó la peluca; todos sus quehaceres y sus ambiciones se hallaban limitados á su misia, su sermón, su novena, su rosario, su tienda, su bufete, su taller ó su covachuela; sus únicas distracciones á un paseito higiénico ó un ratito de charla en la botillería, donde por todo vicio se consumían sendos vasos de agua de limón ó de naranja y se absorbían polvos de rapé. El teatro por la tarde, el café y el tabaco eran lujos excesivos y además excitaban los nervios. Eran cosas de perdidos y calaveras.

¿No era esto una bendición de Dios?

Entonces los milagros llovían del cielo. Curaciones maravillosas atribuídas á tal ó cual santo ó imagen, que todo el mundo creía á pies juntillas, sin que á nadie se le ocurriera la menor sombra de duda. Todos los frailes eran unos santos, todos los curas unos benditos, todas las monjas ángeles del cielo; todas las mujeres beatas y devotísimas, todos los hombres cristianos fieles y católicos á macha martillo. Nadie engañaba á nadie. La palabra de un hombre de aquellos valía más que diez escrituras ante escribano. Se ahorcaba á los ladrones; el que no pagaba sus deudas iba á la cárcel; las autoridades civiles velaban sin descanso por la tranquilidad pública; cualquier perturbador iba á presidio; al que dejaba asomar pujos revolucionarios se le fusilaba; al que tenía ideas un poco levantiscas se le deportaba; al que no cumplía los preceptos religiosos se le negaba el agua y el fuego, ó, por el contrario, se le aplicaban estos elementos en tal forma que le ahogaban ó le abrasaban; todo estaba convertido en una balsa de aceite; por todas partes reinaban la tranquilidad, la felicidad, la honradez, la hombría de bien, como entonces se decía; en el orden social, el mayor respeto á los que eran más por su nacimiento y por su sangre; en el político, la más profunda sumisión á los gobiernos y al rey; en el religioso, el mayor acatamiento á la Iglesia, á sus dogmas y á sus ministros...

¿No era esto vivir en la gloria?

¿Quién nos habrá mandado á nosotros meternos en este trágica inacabable en que andamos á vueltas con las ideas, perorando y declamando continuamente que si la libertad, que si el progreso, que si la regeneración...

Nada; seamos prácticos y volvamos hacia atrás.

¡Felices tiempos aquellos en que la santa ignorancia y la angelical cándidez de las gentes aún no se habían perdido!

JOSÉ CANTORA

Dan dinero los católicos de Castellón para hacer un camino paseo hasta la ermita de su patrona.

Transcurren cuatro años y ni se concluye el paseo, ni se sabe por dónde andan los ochavos.

El Clamor se rie de los paganos, El Herald se desgaña preguntando por la junta recaudadora, y la Verdad, vertedero integrista, calla marranamente.

Y dice el séptimo mandamiento: «Harás noche los cuartos que te entreguen los tontos para construir caminos hasta las ermitas.»

4 DE FEBRERO DE 1888

Hoy hace doce años que en la plaza pública de Riotinto fueron ametrallados centenares de hombres, niños y mujeres.

El 4 de Febrero de 1888, es una gran

ignominia y representa un crimen cuyos recuerdos subleva el alma y hace saltar los corazones.

La tarde, fría y desapacible, parecía anunciar al inmenso gentío apañado a las puertas del Ayuntamiento el fin trágico de aquella sublevación pacífica producida por la intemperancia inglesa.

Más de 10.000 personas encerradas en una calle esperaban la resolución de la Corporación municipal reunida en sesión permanente; el pueblo vitoreaba al ejército, a las autoridades, al orden público; nada hacía esperar actos de violencia.

El pueblo, en actitud pacífica, esperaba tranquilo la resolución de las autoridades, y todo hacía suponer que aquella memorable tarde acabaría la lucha entre el pueblo y sus explotadores.

Han llegado fuerzas del ejército que forman el cuadro dejando a su espalda el inmenso gentío ennumerado; asómase al balcón de la casa Ayuntamiento el Gobernador civil, que es aclamado; le sustituye un teniente coronel que habla para insultar y... cuatro descargas cerradas sobre aquella pía humana ponen en violenta dispersión a los «afortunados», y bancos de la plaza, rejas, puertas, etc., caen al suelo en confusión espantosa con centenares de muertos, entre los que se ve más de un niño de pecho convertido en tortilla por los pisotones.

¿Qué ha pasado después?
Silencio aparente, nada más que aparente en el pueblo; valor prestado, no propio, del insensato jefe del establecimiento que cede ahora, más por empujones de su intranquila conciencia que por deseos de descauso. Mr. Rich deja a Riotinto robada la mina, ensangrentados los hogares y ardiendo la opinión en santo deseo de vengar aquel espantoso asesinato.

Dicen que no deja a España; que los millones de Riotinto lo empleará en otros centros mineros...

Así sea, y cuente con nosotros el día de la justicia: está sentenciado y caerá; no merece otra cosa.

Vosotros, obreros de Riotinto, no vayáis a la puerta del cementerio a llorar como mujercuelas; eso es cómico, y os denigra y empujea a los ojos del mundo. Dejad que a ese sitio vaya hoy quien tiene tanta seguridad en no ser maltratado en su destino de la mina, como cobardía y mala intención cuando llegan momentos de prueba.

Organizaos, terminad pronto los trabajos necesarios para toda obra grande; pensad hoy en la iniquidad de hace doce años, y que el recuerdo de aquel infame asesinato os aliente para sostener con bríos la lucha como me sirvo a mí para escribir y maldecir a la canalla que lo presidió.

MANUEL NAVARRO

Huelva, Febrero 4 de 1900.

NO ESTOY CONFORME

«¿Podrá saberse, pregunta *El País*, lo que sucedió hará unos dos meses en el convento de frailes franciscanos de Pastrana?

A nuestra noticia sólo ha llegado en concreto, que el P. Vicente Peláez agredió a traición dentro del convento al P. Telesforo Acereda, quien quedó en malísimo estado de resultas de la agresión, tan mal, que a poco si muere.

Poco tiempo después y algo restablecido lo enviaron a Huesca, donde parece que continúa.

¿Sabe esto el juez de Pastrana?

¿Lo sabe el gobernador de la provincia? Porque en Pastrana, en Huesca y entre el clero de Madrid no lo ignora casi nadie.

Y si esas autoridades no lo supieran, que indaguen y pronto sabrán si se habían ante uno de esos crímenes conventuales que entre la gente monástica son castigos judiciales impuestos por los superiores, que se creen con derecho hasta de imponer pena de muerte, como se imponía en Filipinas.

Desde que el monaquismo se ha apoderado de España, hechos de estos se repiten con más frecuencia y se repetirán todavía más si las autoridades no ponen remedio con energía extraordinaria.

Repito que no estoy conforme con eso de llamar crimen a los desperfectos que un fraile causa a otro, como tampoco creo que lo sean las mordeduras y coces que se propinan dos descendientes de la burra de Balaam.

Y si se le da hablar con toda franqueza, hasta me gustaría que se suprimieran unos a otros. Menos trabajo tendríamos el día que toquen a botarlos de España.

PREVISIÓN FRAILUNA

Siempre que llego a una población por vez primera, una curiosidad irresistible induce a preguntar por el número de conventos y santas residencias que en ella existen; y una vez adquiridos los datos necesarios, suelo girar revista de inspección exterior a todos los dichosos albergues conventuales.

En mis visitas de inspección a las residencias monacales, siempre noto los mismos detalles; los conventos ocupan posiciones estratégicas y son contados los que no se hallan aislados de toda otra finca habitable.

Los jesuitas, como la clase más aristocrática que son de la especie frailuna, habitan cuantiosas moradas; los escolapios vi-

ven en casas confortables; los maristas en flamantes residencias; los agustinos en edificios seculares; los trapenses en severísimas alquerías, y en enormes caserones se albergan los rígidos capuchinos descalzos.

Pero si tan desproporcionada diferencia obsérvese en la mayor o menor suntuosidad externa de los edificios habitados por cada una de las innumerables órdenes religiosas existentes y establecidas en España, en lo que todas las fincas monacales coinciden, es en el exquisito cuidado con que en los conventos están tomadas todas las precauciones de seguridad imaginables. Gruesos barrotes de hierro constituyen los enrejados de sus ventanas exteriores; las tapias que cercan sus huertas y jardines son sólidas y elevadísimas, y las puertas de entrada que dan acceso a sus templos y viviendas comunales, construidas a prueba de bomba, con solidez de fortaleza, herradas con clavazones enormísimos, ciérranse interiormente con descomunales cerrojos, gruesísimas burras, grandes candados automáticos é inmensos cerrojos y fallabas...

La previsión de los frailes es grandísima. Todo lo tienen tapiado, amurallado, dispuesto a resistir las más grandes acometidas exteriores.

Causa verdadero terror acercarse a esas casas de Dios en las que tales precauciones se guardan contra las asechanzas de un prójimo hermano.

Tan inusitada desconfianza, proceder tan precavido no se explica en unos hombres que nada tienen que guardar, y que, por despreciable todo, desprecian hasta la conservación de la propia existencia, no pensando, según nos aseguran, más que en gozar de las dichas del cielo en la otra vida...

¿Para qué, pues, oh benditos varones!, para qué usais todas esas precauciones de seguridad? ¿para qué tanto hierro en vuestras rejas y tanta y tan enorme cerradura en las puertas de vuestros pacíficos conventos, si nada tenéis que guardar ni que temer?

Si vuestro reinado es del cielo, si Dios os inspira y sirve de escudo, si mil de vuestra casta piadosísima albergarse en la gloria, ¿por qué, oh santísimos varones!, y para qué tanto rigor y esmeramiento en la custodia de vuestras reverendas y santificadas personas?

¿Tenéis acaso que os roban?... Eso no puede ser, porque vosotros tenéis vuestros tesoros en el cielo y no llegan tan alto las manos sacrílegas de los ladrones humanos...

Eutones, si así es, si sólo vivía para servir a Dios amando al prójimo desvalido, arrancad inmediatamente las herradas puertas de vuestras residencias, conventos y monasterios, y dejad que se alberguen en ellos libremente para apagar la sed, matar el hambre y guarecerse contra los rigores del frío cuantos sientan necesidad, sufran miseria y estén faltos de moral consuelo...

Pero no, no lo haréis así; no procederéis de tal suerte, caterva abigarrada de ambiciosos fariseos; porque, ¿cómo es posible que amen al prójimo como a sí y aún más que a sí mismos, los que tanto lo temen... Los que cierran sus puertas con mayor y más resistente seguridad que lo están los de las prisiones, no sólo no aman cristianamente al prójimo, sino que desconfían de él, creyendo que todos los hombres por ellos educados son catervas de malhechores dispuestos a caer al primer descuido sobre sus tan amadas riquezas... «Pienso el ladrón que todos son de su condición».

El fraile es el más temible enemigo y el más mortaz explotador del hombre.

Los frailes de todas las categorías viven del engaño. Jesuitas, se apoderan por asalto de los grandes capitales de sus linajes y estupidísimos penitentes; Trapenses ó Benedictinos, explotan el mundo comerciando hasta en golosinas y alcoholes; Maristas, dejan sin pan a los maestros de escuela; Salesianos, timan a todo bicho viviente con su *Maria Auxiliadora*; Pasionistas, embaucan a los ayuntamientos rurales con misiones a lo energúmeno, y Franciscanos ó Carmelitas, Agustinos ó Filipenses, Mercenarios ó Recoletos, todos, todos, en fin, sin excepción posible, viven y se enriquecen,ullen y se regocijan explotando a los hombres con los timos del cielo, mintiendo una religiosidad que no sienten y predicando una piedad que jamás practican.

Por eso, porque ellos viven del sudor ajeno, son tan desconfiados los frailes. Por eso, porque su misión de vida es acumular riquezas desposeyendo al prójimo engañosamente de una gran parte de cuanto produce trabajando, son los frailes tan recelosos y maliciados.

Cierran a piedra y a todo las puertas de sus conventos fortalezas, porque tienen la conciencia de su mal proceder y tiemblan ante la posibilidad, toda llena de probabilidades, de que dentro de un momento a otro snehe la hora de la justicia.

Pero será inútil oh carísimos hermanos en Jesús; y por muchos cerrojos, candados y barras con que atranquéis las puertas de vuestras sombrías moradas, cuando el pueblo despierte y se decida nueva y definitivamente a acabar con los frailes explotadores, sucederá lo propio que sucedió el año 35, sin que de nada sirvan para evitar el golpe los grandes aprestos ocularios de que hacéis gala...

DOXATO LÜBEN

LA FAMILIA

«Conocéis, en verdad y de cerca, en su casa, en la vida, la familia del campesino, del obrero?

Hace un mes entré en casa de un campe-

sino, de un bracero. Era el mediodía, la hora de la comida.

Entró el hombre; venía de hacer un pesado trabajo de construcción de una presa, y tenía que volver allá pasada una hora. Se puso a horcajadas en un banco; la mujer le colocó delante una cazuela de arroz y una sardina. El hombre, taciturno, comía con los dedos; la mujer, sobre el fogón, recogía los restos del fondo del caldero. Alrededor del padre, por tierra, jugaban, se revolcaban y chillaban un manojito de chicos sucios. El hombre comía lentamente, y de tiempo en tiempo, parando a mitad del camino el maquina movimiento con que llevaba la comida a la boca, dejaba caer un poco en las manos de los niños, que disputaban entre sí, como se les echa a los gatos y perros.

Era la comida de familia. Quien tiene que comer normalmente, con orden, es el padre, el hombre, y un poco la mujer. Al hombre, que es el instrumento de trabajo, hay que mantenerle para que trabaje; a la mujer, que es un instrumento de trabajo secundario, que tiene que preparar la comida y la casa del hombre, hay que darle algo. La sociedad burguesa da lo necesario para mantener en uso este instrumento de trabajo. Este instrumento de trabajo es un ser viviente, un ser humano que procrea hijos, que tiene por ellos ciertos sentimientos? A la sociedad burguesa no le importa. Cuando estos niños sean instrumentos de trabajo, tendrán su parte; por ahora viven como pueden, de las migajas; y si las migajas no bastan para todos, morirá alguno.

Contemplaba yo aquella triste comida, en que parecía ver el símbolo de lo que es realmente la familia para las nueve décimas partes de la Humanidad. Aquel olvido, aquel descuido profundo de las necesidades de los hijos, se muestra en todas las formas de la vida: los hijos no tienen ni plato en la mesa, ni habitación en la casa, ni lecho, ni vestido, ni zapatos; nada que se haya hecho ni preparado propiamente para ellos; viven de las migajas, de los restos, de los andrajos. Para ellos no se dispone de cierto tiempo, de una hora al día, para cuidarlos física y moralmente; se piensa en ellos, en ocasiones, en medio del trabajo.

Ahora bien: ¿qué puede ser la familia? ¿qué otra cosa puede ser sino la fusión profunda de la vida de los padres y de los hijos? Materialmente, la familia es la cooperación, el asiduo cuidado del padre y de la madre para criar fuertes y vigorosos los hijos, para lanzarlos sanos y robustos en la lucha de la vida. Moralmente, es la trampa delicada de sentimientos y emociones que embellecen estos cuidados y estas fatigas.

La sociedad burguesa rompe, destruye todo esto; robándoles el tiempo y negándoles lo necesario, impide a los obreros tener estos cuidados; obligándoles al egoísmo de absorber para sí solos toda la provisión de la familia, agota la fuente de los afectos altruistas familiares. La verdadera forma de familia desaparece de esta suerte, dejando tras sí sólo una mentira, un desahogo bestial de la función sexual, y una cría imbecil de nuevos esclavos, de nueva carne humana para los tiranos, para el capital.

OLINDO MALAGODI

La suspensión del sueldo a los obispos que en Francia han hecho manifestaciones favorables a los asuncionistas que conspiraban contra la República, es por tiempo indefinido.

Se me hace la boca agua pensando en que aquí podremos imitar en eso a los franceses algún día, aun cuando perfeccionemos un poco el procedimiento llevando a la cárcel al primer obispo que se permita protestar del menor acuerdo tomado por el gobierno.

Sin que esto fuera obstáculo para enviarlo a presidio, si la cosa no exigiese pena más grande.

Acto de consagración

DE LA
República de Venezuela al Santísimo Sacramento

SOBERANO Señor del Universo y Redentor del Mundo, clementísimo Jesús, que por un prodigio inenarrable de vuestra caridad os habéis quedado con nosotros en este Sacramento hasta el fin de los siglos; aquí venimos a vuestros pies a proclamarnos solemnemente, y a la faz del cielo y de la tierra nuestro único Rey y Dominador Santísimo, a quien consagramos todos nuestros afectos y servicios, y en quien ponemos todas nuestras esperanzas. Vos sois nuestro Dios, y no tendremos otro alguno delante de Vos: en vuestras manos ponemos nuestra suerte, y con ella los destinos de nuestra patria. Mucho os hemos oído lido, y como el hijo pródigo, hemos disipado en los desórdenes vuestra herencia; perdonadnos, que ya volvemos con espíritu contrito a vuestra Casa y a vuestros brazos.—Recibidnos, Salvador nuestro, y concedédnos que venga a nosotros vuestro reino eucarístico. Levantad bien alto vuestro trono en nuestra República, a fin de que en ella os veais glorificados por singular manera, y sea honra nuestra, de distinción inapreciable, el llamarnos LA REPÚBLICA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Os entregamos cuanto somos y cuanto tenemos: cubrid nuestra ofrenda con vuestra mirada paternal, y hacédla aceptable y valiosa en vuestra divina presencia.

Otra vez os pedimos que nos recibáis, que no nos desechéis, y que este acto de nuestro amor y de nuestra gratitud sea repetido, cada vez con mayor fervor de generación en generación, mientras Venezuela, exista; para que jamás la apartéis de vuestro Sagrado Corazón.

Que así sea para nuestra vida y del tiempo, después... por los siglos de los siglos.
Aprobado por el Comité Nacional del Soberano Monarca a Jesús, Redentor y a su Vicario.

Esta hoja impresa circuló profusamente por toda América y vino a Europa hace algunos meses. Hoy están los habitantes de Venezuela enredados en una guerra civil tremenda y el gobierno clerical cometiendo toda clase de crímenes é inmundicias.

En Colombia ocurre lo mismo, y la República Argentina, a cuyo frente se halla hoy el general Roca, jefe que acaba de ser de la masonería, está dominada por el clericalismo.

Todo lo cual confirma lo que vengo diciendo; esto es: que si la República no había de resolver en España la cuestión clerical, en primer término, maldito lo que se ganaría con que viniese, que los republicanos clericales son mil veces más despreciables que los monárquicos más neos, y que por ellos no ha variado ya la forma de gobierno.

Combatámoslos, pues, con más empeño que a los mismos monárquicos, para evitar que, de acuerdo con los jesuitas, nos quieran traer una República como esas indecentes y degradadas de Venezuela y Colombia.

Certo de La Democracia de Bilbao:

«Un «pobre» sacerdote fué timado el martes último en el muelle de Uribarre (buen lugar) por una «paloma nocturna». (Ave María)

Trescientas pesetas que el buen «pater» llevaba en una cartera desaparecieron en tanto él «se ocupaba» en absolver a aquella pudibunda hija de María.

¡Gajes del oficio, señor capellán!
Y menos mal que la capellanía del Santo Hospital produce, y pronto podrá resarcirse de la pérdida.

Acosójo al buen presbítero de autos que mire en adelante con quién se distrae, pues es lamentable que le cuesten 300 pesetas lo que no vale ni cinco, exponiéndose además a perder su alma y dando pretexto a los impíos para regocijarse.

Prevéase de un ama, si tan necesario está de cariño, y distráigase a su lado en las largas veladas de estas frías noches de invierno, bien alabando a Dios, bien conduciendo a su casa y dulce compañía por el camino de la perfección cristiana.

Tanto, menos repetir lo que ha hecho, con grave detrimento de su buen nombre y fama.

Y que me digan ahora que no sé dar buenos consejos ni tratar con niños a mis amados presbíteros.

SECCIÓN AMENA

LOS OLVIDADOS

Hay en frente de mi casa una escuela, una humilde escuela de párvulos que llevan mi calle de alegría con sus risas y con su *ba, ba, cantado*. A las horas de recreo los oigo saltar a la cuerda... *sesenta y tres, sesenta y cuatro...* ó les veo formar coros encantadores ante los cuales se detienen siempre entrecorridos los viejos. A veces sucede que, empujado uno de los muñecos, cae y llora. Luego, las voces se hacen más claras y alegran el estrecho patio, cantando

Mi madre me dió un marido... hasta que sor Amalia—¡tan, tan, tan!—da tres palmadas, y entonces hay que volver a la clase—¡tan, tan, tan!

Por la tarde, a cosa de las cinco, cuando los padres vienen a buscar a sus hijos y poco a poco va vaciándose la escuela, veo desde mi ventana, en el corredor, algunas figuritas tristes, impacientes, mirando ansiosas hacia la puerta con su gorra a la cabeza y el cestito de la merienda en la mano; a éstos no los han venido a buscar todavía...

Al ver esto, pienso en una cosa muy lejana; en cuando yo también era muy pequeño y cantaba el *ba, ba, bi, bo, bu*, en la clase de una anciana señora. Cuando llegaba la hora de la salida, cada campanillazo nos hacía empujarnos a todos hacia la puerta con esta esperanza: «Esta vez es por mí...» Era la criada de Juan, ó la mamá de Arturo, ó la abuela de Emilio... Y al ver marchar poco a poco a todos mis compañeros, al verles ir a sus hogares, mientras que a mí nadie venía a buscarme, mi pobre corazón se ahogaba, temblaban mis labios. A veces me quedaba completamente solo, el último, y era terrible aquella soledad en la pequeña sala de la clase, silenciosa, oscura, en la que los ejemplares y los retratos de animales colgados en las paredes parecían figuras que me miraban con grandes ojos, y en la que el tablero de cálculos, con sus bolas de madera que se deslizan por las varillas, me hacía el efecto de un ser viviente que salía de la sombra y avanzaba hacia mí.

A veces me decía: «Vamos, no seas tonto... es el tablero de cálculos... dos veces 8, 16... en el que estudiabas hace poco...» Pero no podía alejar el miedo ante aquella sombra, y agarrado al extremo del banco, ocultaba el rostro entre mis manos. Sentía una impresión de desfallecimiento terrible, una de esas impresiones profundas que causan desesperación. Y quedaba allí, anonadado, olvidado por cinco minutos, hasta que el delantal blanco de mi criada, retrasada por haber estado hablando con algún soldado, aparecía en la puerta, como aparecía sin duda la tierra a los naufragos...

Estas impresiones de niño no son más que una primera prueba. En la vida hay muchos a quienes no vienen a buscarlos.

Para las jóvenes, es la espera del marido soñado al principio; del príncipe encantador, como se lo figuran en sueños, en el candor de su cuartito, con la decisión firmísima de no aceptar más que a aquel que correspondiera a este ideal de color de rosa...

No, una perfección no... Una perfección sería fastidiosa... Sencillamente un gentil caballero con bigote rubio, artísticamente retorcido... De aire ni demasiado femenino, ni demasiado varonil... ¡Que fumel...! Sí;

ella le permitirá el cigarrillo... El cigarrillo es elegante... A veces, el cigarro para cuando demuestre prudencia... Pero la pipa, no... Ya puede romper la pipa su marido... Porque es preciso también que sea un poco pijo, no demasiado; pero, en fin... que le guste divertirse... ¡Oh! el esposo soñado, a quien se espera, a quien se busca con los ojos en la calle... y que no llega nunca... Y entretanto las amigas se van, se casan, ya no quedan más que algunas, pocas. Ahora ya rebajaría algo sus pretensiones. Con sentiría la pipa... Pero nadie llega, aunque los veinte años, a cuya edad salió del colegio, hayan sonado bue tiempo.

La soledad va formándose alrededor de la joven, y esto debe ser terrible: ver cada día irse la juventud, sentirse envejecer tras de aquellos cristales, desde donde se espera un marido. Las demás tienen un hogar, hijos a quienes pasar en la calle; caminan del brazo de un marido obeso, que tiene algodón en los oídos, pero que las hace felices. ¡No es verdad que debe ser terrible, para las que sientan en el tesoro de afecto y de ternura, no tener a nadie, no tener un compañero para repartir esta riqueza, sentir siempre estrecharse su horizonte y encerrarse en una soledad! Sobre todo, cuando se siente ajarse poco a poco, cuando la tez se arruga, la sonrisa va muriendo y se ven todas las mañanas en el espejo los destrozos de la noche, para arrancar febrilmente el cabello blanco desordenado en alguna parte... Y viene la noche... Tampoco nadie vendrá a buscarla... El rostro se arruga y el corazón también. La travesía nina, amante y expansiva, se ha convertido en una anciana manifiática, gruñona y antipática, que sale con una gata y un paraguas...

Y, entre nosotros, los hombres, hay también muchos olvidados. La fortuna es una criada que debe conocer a muchos soldados, porque se detiene con mucha frecuencia en el camino.

Y son muchos los que ven a los demás pasar adelante, haceros ricos, célebres, poderosos, mientras que ellos, muchas veces más inteligentes y más probes, quedan inmóviles en su rincón, en su sombra, cada vez más espesa, a la luz de la desgracia, de la que no pueden salir los que miran a la puerta, esperando su turno, y no ven llegar a nadie.

Abandonados de la gloria, de la fortuna, del amor... No puedo jamás ver a uno de estos olvidados, sin pensar enseguida en las figuras tristes del corredor de la escuela de enfrente, en los parvulitos a quienes no vienen a buscar...

KROFENSTEIN

El Sinapismo, periódico sevillano, publica los nombres de unos cuantos señores de Llerena, demostrando, con datos irrefutables, y números inflexibles, que han defraudado en poco tiempo a la Hacienda, la cantidad de 327.999 p setas 35 céntimos.

Pues que procesen al director de *El Sinapismo*, lo echen a presidio y lo condenen al pago de ese millar trescientos once mil novecientos noventa y siete reales con cuarenta céntimos.

No merece menos el crimen de llamar ladrones a los que lo son; aprie de que esto suele ser lo corriente en estos tiempos.

Una pregunta: ¿S n católicos, apostólicos romanos los señores esos? ¿A qué sí?

UN NIÑO MILAGRERO

No podía faltar y ya está ahí. Pudo haber sido un Cristo que sudara sangre ó una Virgen aparecida en los claustros de un convento; pero ha sido algo más agradable y risueño: un niño-Dios que hace milagros, y milagros tan cándidos y sencillos, que hacen llorar de ternura a los Liniers, Pidalos y Azcárragas.

No podía faltar: llevábamos ya muchos años de Luises, Koskas, *Sotomayores*, y Montañas dirigiendo los destinos del país para que dejara de aparecer el milagro por una parte ó por otra.

Todavía tenemos que dar muchas gracias a Dios porque no ha sido algún fraile que se ha remangado los hábitos para enseñarnos algunas lagas impresas por modo sobrenatural, ó alguna moaja que ha sacado una pierna a través de los hierros del locutorio para que viéramos algún cáncer sagrado ó lobanillo místico.

En cosa más limpia que otras veces se ha quedado ésta; el milagro que trae locus, ó para hablar con más propiedad, trae memos a los madrileños.

El Niño Milagrero no ha hecho hasta ahora cosas de mayor cuantía; pero por de pronto, y de un modo maravilloso, nos ha dicho cómo quiere llamarse.

¿Que cómo quiere llamarse?—dirá algún espíritu que no esté iniciado en los secretos de nuestra piedad. ¿Pues no se llama Jesús y celebra la Iglesia de un modo solemnisimo la imposición de ese nombre?

A lo que hemos de contestar que ahora, y gracias a la elegantísima, fácil y lucrativa piedad que han implantado los jesuitas, saben hasta los niños de la escuela que el nombre de Jesús Niño ni excita devoción ninguna ni produce una peseta: es necesario que sea el *niño de la cinta*, el de los capullos, el de *Praga* ó el de *la estrella*, de la misma manera que no se pelea por el culto al Corazón de Jesús, sino por la veneración y *venta* de las placas que fabrica Elejalde, el de Eibar.

Las devociones, como las ciencias, adelantan hoy «que es una barbaridad».

Tenia, pues, el niño que tomar un nombre que no fuera Jesús y tomó el de «Reme-dios».

Confieso que no me gusta, pues me parece como llamarse cerato ó lavativa; pero la

auguro desde luego un éxito asombroso entre los madrileños.

Ese comerciante de la Costanilla de los Angeles debe, si quiere seguir los consejos de quien conoce a los devotos de Madrid como si los hubiera parido, poner la imagen del niño en alguna tienda de chocolate, de fácil acceso; cubrir el local de peregrinación azul y amarilla con algunos pabellones de cortinilla blanca. El altarcito que forme debe forrarse todo de papel plateado, de ese que la gente llama «del chocolate».

Ponga en el dicho altar mucho floreros de diversos colores y hechuras, sobre todo los que simulen una mano que sostiene una capita y no faltan nunca mezclados con conejos vivos en las ruletas callejeras de cincuenta céntimos la tirada.

El techo de la habitación lo ha de llenar completamente de estrellas recordadas en el ya mencionado papel «del chocolate» y para completar el cuadro, cuelgue desde luego en la pared unas cuantas pueras ó brazos de cera (con sendos tarjetones que digan: «Al Santísimo Niño del Remedio, una persona agradecida»).

A la entrada de la que ya podemos llamar capilla, estará un cepillo con la siguiente inscripción: «Limosna para el Santísimo Niño del Remedio»; pero la llave no la debe tener el Niño, sino el que haya de guardarse los cuartos.

Esto á la entrada, porque dentro debe haber continuamente una mesa cubierta de carmesí tapete y que sostenga amplia bandeja en la que reluzcan monedas de varias clases.

Santada detrás de la mesa ha de estar una señora de como hasta cuarenta años; la faz pálida y ojosa; las facciones marchitas por el sufrimiento, ó lo que sea; pero sobre el que ha caído la primera nevada; ojos negros de metálico brillo y toda la persona envuelta en negros pliegues, al par que en atmósfera de misterio.

De éstas y para tales casos, tienen siempre dispuestas seis ó ocho todos los sacristanes madrileños, encargados de sillas y comisarios de Archicofradía.

Bueno; pues si el afortunado poseedor del Niño del Remedio hace esto, dentro de un mes ha visto desfilan por su puerta todos los esculos y librerías que recostituyen la historia de España; ha puesto en conmoción á Madrid de Pocholo y Monte-Oristo; conoce de vista á todos los prohombres de la actual situación política; tiene que colocar allí un confesionario para el P. Sanz y otro para Poladerna; recibe regalos de todas las personas que son de la verdadera élite; resulta íntimo amigo de todos los Luises y de todos los Kostkas; habla de tú á la mitad de los oficiales de nuestro ejército, y, en absoluto, no sabe qué hacer con el dinero.

Manos á la obra, que la sociedad madrileña está en punto de caramelo para unas llaguitas ó un Niño milagroso.

Por mi parte confieso que estoy que no quepo en mí de gozo, porque me decía: «¿qué merecen estos fariseos tan maravillosamente retratados por Blasco? Y la contestación es esa; que ese encuadernador ponga los pabellones y los papellitos y la bandeja y haga ir allí á inclinarse la frente á esas gentes que no merecen más Dios que algún Niño del Remedio que les ofrezca un encuadernador oliendo á engrudo.

GIL BLAS DE SANTALLANA

Vista interesante

El día 15 del actual, y en la Sala 4.ª se celebrará la vista de la causa formada á nuestro querido amigo y correligionario Modesto Moyrón, por haber dimittido en alta voz y en sesión pública el cargo que desempeñaba en la Diputación provincial de Madrid.

El fiscal califica el hecho de desacato y pide para el proceso lo no sé qué pena.

Dudo que su petición prospere; pero si me equivoco, quedaría confirmado una vez más que España es un país completamente perdido.

Condenar y prender al que denunció y probó los horrores é inmoralidades de la Diputación, por si se expresó con viveza al dimitir, y absolver, dejándolos en libertad, á los autores de las hazañas denunciadas, y probadas, sería ya el colmo de la regeneración administrativa porque suspiraba Silvela antes de alcanzar el poder.

En fin, allá veremos, pues soy uno de los muchos que piensan acudir á la Audiencia aquel día, bien para aplaudir á los jueces, bien para acabar de convencirme de que es preciso ir haciendo la mala para escapar de este país piadoso, encanallado y ladrón.

¡OH, LA JUVENTUD!

Achulapada, brabucona, amiga de la juerga y de la orgía; tal es la juventud de hoy. La moral para ella es carga que estorba; la crápula es el bálsamo que redime y limpia todas sus culpas.

Con el puñal en la mano, ó con el brazo levantado y el puntapié siempre dispuesto entra en el lupanar.

Peor que las bestias que van á satisfacer sus deseos naturales en las hembras de su especie, trata esa juventud á las pobres mujeres que la necesidad arrojó á la prostitución.

Y á todo esto la sociedad se ríe de esas que llama calaveradas y no son otra cosa más que miserables infamias.

¿Y qué ha de hacer? Esa juventud es producto real del ambiente en que se vive; es propia de un país en que todo está corrompido, y la nobleza y el sentimiento de humanidad no se conocen.

Esa juventud, que por regla general se cree ilustrada porque atravesó las aulas de la Universidad, es producto de la instrucción que hoy se da.

No cabe culpar á la ignorancia de esas maldades, no. Habrá pobres que reúnan diversas condiciones, porque desde niños la sociedad no les dió otra educación que los mismos ejemplos de inmoralidad que á diario se presencian; pero para esos está la ley, la justicia, la cárcel, el presidio, que contienen sus ardores de fiera embrutecida é ignorante.

Pero los verdaderos jueguistas, los hombres guapos que se ríen de todo y todo lo atropellan, están entre las clases que disponen del dinero. Esos son los que sin temor á la justicia, sin miedo á la cárcel y fiados en sus capitales y en las influencias que les da la posición de sus familias, no se paran en obstáculos, y lo mismo dan una puñalada á una indefensa y desgraciada joven, que arrojan los muebles de una casa al arroyo, que roban la muchacha que les agrada, que atropellan al agente de la autoridad que quiere detenerlos y evitar sus atropellos.

Esa es la juventud que nos presentan las clases directoras.

Resultado de la educación y del vicio de que disfrutaron desde sus primeros pasos en la vida, son estorbos en la sociedad, más bien que seres útiles.

Pero, eso sí, todos ellos son católicos, partidarios de la religión, decididos protectores del jesuitismo; y á la par que llevan la navaja abierta, ponen el pensamiento en la religión, ó traen colgado del cuello el escapulario.

Religiosos que hoy envuelven sus manos en el fango de la orgía y mañana quizás empuñen la boria del estandarte de una cofradía.

Y así tiene que ser. Saben que con el arrepentimiento, aunque sea fingido, y tan sólo confesándose, esas culpas desaparecen ante los ojos de Dios, y son jóvenes y tiempo les queda de arrepentirse. Además disponen de dinero que les permite hacer mandas y donaciones, y eso todo lo santifica.

Por eso son malos y perversos: no temen á Dios, porque saben que de éste alcanzan el perdón; y no temen á las leyes sociales, porque conocen que de las mallas se escapan los peces gordos.

Con esa juventud no puede haber esperanza de regeneración. De ella hay que temerle todo; vive de la corrupción y está podrida.

Sin embargo, tienen á su favor el ambiente de este régimen social, tan corrompido como ellos mismos están.

Son consecuencia directa de una sociedad en que la religión atrofia la inteligencia y abre ancho campo para el mal; el torero achulapa el cuerpo y lo inclina á la orgía; y la inmoralidad y la prevaricación continua de los que mandan, enseñan el camino de la impunidad y del descaro.

Aquel Miranda, párroco de Onís (Asturias), de quien dije que había vendido una pañeta sin derecho para ello, está furioso contra El Motín.

El se algunos domingos subió á lo que llaman cátedra del Espíritu Santo, y dijo:

«Ya lo veis, hermanos míos; hasta en Onís hay quien se ocupa en mandar noticias á El Motín, ese papelucho lamoral y blasfemo contra la causa de Dios. Los que lo escriben y lo leen están condenados, y las personas honradas deben evitar el trato con esos seres depravados, hijos de Lucifer, ignorantes y herejes. Yo no puedo consentir que en mi parroquia se lea ese papelucho impío.»

Bien dicho, hermoso, bien dicho. Pero ¿dónde están los cuartos que le produjo la pañeta que vendiste sin ser tuya? Porque de esto es de lo que ahora se trata, no de que yo me condene ó no me condene.

Después de todo, esto me tendría sin cuidado, si hubiese otra vida. Con tal de no estar donde tú estuvieras, me sería igual el cielo que el infierno. Y aún si me apuras mucho, te diré que preferiría el último. Debe ser más divertido. Como que allí no irían tantos.

Pero ¿qué estoy diciendo? Nada de infierno, pues de seguro le encontraría allí, á menos que no haya una bula dispensando de ir á él á los que venden pañetas de otros y se guardan los cuartos.

EL NEUROSISMO EN EL SIGLO QUE VIENE

Véase lo que será la sociedad en el siglo XX, según Max Nordau, si no se pone correctivo á ciertas tendencias y flaquezas.

«Es posible—dice—que la epidemia no haya llegado aún á su apogeo. Si llega á ser más violenta y á aumentar su extensión y profundidad, ciertos fenómenos que ahora aparecen como excepciones ó como indicaciones á lo sumo, aumentarán terriblemente y seguirán su desarrollo lógico, y otros, que actualmente se observan sólo en los asilos de alienados, pasarán al estado de costumbres cotidianas en clases sociales enteras. La vida ofrecerá poco más ó menos el cuadro siguiente:

Cada ciudad importante poseerá su correspondiente club de suicidas. A su lado habrá otros clubs para el asesinato recíproco por estrangulación, horea ó arma blanca. En vez de las actuales tabernas y cafés, habrá establecimientos destinados á los consumidores de éter, cloral, nafta y hashish.

El número de personas que sufran aberraciones del gusto ó el olfato llegará á ser tan considerable, que se convertirá en negocio lucrativo establecer tiendas en que puedan absorber en ricos vasos toda suerte de malos olores, y respirar en el interior de un recinto que no hiera ni su sentido de la belleza ni sus hábitos de bienestar, per-

fumes de podredumbres y excrementos.

Se crearán multitud de nuevas profesiones, por ejemplo, la de los inyectadores de morfina y cocaína, la de los comisionistas que, apostados en las esquinas, ofrecerán el brazo á las personas acometidas del poder de los espacios para guiarles á través de las calles y plazas; la de los hombres de compañía encargados de tranquilizar, por medio de vigorosas afirmaciones, en medio de un acceso de angustia, á los enfermos propensos á la locura, á la duda, etc.

La irritabilidad nerviosa, acrecida más allá de su extensión actual, hará reconocer la necesidad de ciertas medidas de protección.

Teniendo en cuenta la frecuencia con que las personas sobreexcitadas, sin poder resistir á un impulso súbito, habrán dado muerte desde sus ventanas por medio de escopetas de aire comprimido, y á veces sin tratar de ocultarse, á los pilluelos de la calle que lanzan silbidos estridentes ó gritos, ó habrán asaltado la casa del vecino en donde varios aficionados se ejercitan en el canto ó en el piano, llevándolo todo á sangre y fuego, ó habrán ejecutado atentados con dinamita contra los tranvías, cuyos conductores tocan el timbre ó el silbato; se prohibirá, por medio de la ley, silbar ó alborotar en la calle, y se construirán para los ejercicios de piano y canto edificios especiales de tal suerte dispuestos, que nada se oiga en el exterior. Los carruajes públicos no podrán hacer ruido, y se impondrán los más severos castigos á los poseedores de escopetas de aire comprimido.

Como quiera que el ladrillo de los perros habrá impulsado á muchas gentes á la locura y al suicidio, aquellos animales no podrán tenerse en las ciudades, á no ser que se les deje mudos cortándoles el nervio correspondiente.

Una nueva legislación sobre la prensa, prohibirá con las penas más severas que los periódicos den cuenta detallada de crímenes, violencias y suicidios. Los redactores serán responsables de las faltas cometidas contraviniendo á la ley.

El autor hace una serie de cálculos referentes á extravijs eróticos, de que hacemos gracia al lector, y de que ha de ser, si no se halla remedio, testigo el siglo XX, terminando con esta desconsoladora afirmación: «El pudor y la continencia serán considerados como supersticiones muertas del pasado, que sólo se presentarán como casos aislados de atavismo en los habitantes de algunas ciudades atrasadas»...

La enseñanza en las escuelas no durará más de dos horas por día, merced á las disposiciones de inteligencia de los niños, que no les permitirá estudiar por más tiempo. Ningún espectáculo público, como teatros y conciertos, conferencias, etc., durará más de media hora.

En el plan de estudios quedará casi completamente suprimida la educación intelectual, reservándose la mayor parte del tiempo á los ejercicios corporales; sólo divertirá en la escuela las representaciones eróticas sin velo y los crímenes sangrientos, en los cuales tomarán parte víctimas voluntarias que aspiren al placer de morir entre los aplausos delirantes de los espectadores.

Tendrán pocos adeptos las antiguas religiones. En cambio habrá gran número de comunidades, cuyos miembros serán, en vez de sacerdotes, adivinos, evocadores de muertos, brujos, astrólogos, etc.

Los libros actuales habrán pasado de moda. No se imprimirán más que en papel negro, azul, dorado ó de otro color palabras aisladas é incoherentes; á menudo nada más que sílabas, letras ó solamente cifras, cuya significación simbólica habrá que adivinar por el color del papel, la forma del libro, el tamaño y clase de los caracteres. Los escritores buscarán la popularidad y facilitarán la comprensión, añadiendo al texto arabescos simbólicos é impregnando el papel de determinado perfume.

Pero esto llegará á ser vulgar y, por consiguiente, poco estimado. Algunos poetas publicarán letras aisladas del alfabeto ó solamente hojas coloreadas en las cuales no haya absolutamente nada impreso, y que, sin embargo, provocarán la mayor admiración. Habrá sociedades que tendrán por objeto la interpretación de tales obras, y su entusiasmo llegará á tal extremo fanático, que unas y otras se entregarán á combates, á menudo mortíferos...

Esto será—según el autor—en un porvenir próximo el estado de la humanidad civilizada, si la fatiga, el agotamiento nervioso, las enfermedades y la degeneración siguen haciendo progresos.

Max Nordau no cree, sin embargo, que se llegará á tales monstruosidades. Según él, «los degenerados, los histéricos, los neurosténicos están llamados á desaparecer, porque ni pueden adaptarse á las condiciones de la naturaleza ni de la civilización, ni sostener contra los seres sanos la lucha por la existencia».

Los fuertes, que están en mayoría, conseguirán acomodarse á las condiciones de la nueva vida, y el fin del siglo XX verá sin duda una generación á la cual no perjudicará en lo más mínimo leer diariamente una docena de metros cuadrados de periódicos, servirse constantemente del teléfono, pensar simultáneamente en las cinco partes del mundo, habitar á medias en un vagón ó en la barquilla de un aerostato y mantener relaciones con un círculo de diez mil conocidos, camaradas ó amigos.

Me suplican que yo pida al obispo de Sigüenza espanto de aquella diócesis á un tal Trinia, párroco de Centenera y de su mujer Torredoniana, por no sé qué división introducida en una familia donde había una jóven guapa de cuya sencillez abusó.

Renuncio á hacerlo, por varias razones, la prin-

cipal está: si cada obispo desterrara á todos los clérigos que se indisponen con el voto de castidad, se quedaría sin uno siquiera.

Aun cuando ahora caigo en la cuenta de que nada se remediará, porque irían á cubrir las vacantes los curas de otras diócesis desterrados por las mismas causas.

Por lo tanto, continúen las cosas como van, y que cada diócesis soporte sus curas.

La impiedad triunfante

La sentencia dictada por la sección tercera de la Audiencia provincial en la causa instruida contra el presbítero don Agapito Sopraná, ha sido condenatoria.

Se le acusaba del delito de disparo de arma de fuego y de faltas por lesiones al sereno del paseo de Areneros, contra quien hizo el disparo. Por el delito se le impone la pena de seis meses y un día de prisión correccional, y por la falta la de diez días de arresto.

La sala octava además la existencia de otra falta también de lesiones, producidos á doña Ana Barlique, ama de gobierno del procesado, y ordena se deduzca el oportuno tanto de culpa para que el juzgado municipal provea lo que corresponda.

¡Sea todo por Dios! Hasta los tribunales de justicia se aliecen á ir contra los pobrecitos curas que apalean á sus amas y andan á tiros con los serenos. Ni esto siquiera pueden hacer ya.

¡Oh impiedad! ¡oh masonería! ¡Oh Molin! Tenedes que dar cuenta á Dios de estos crímenes nefastos.

PALABRAS DE UN CURA LIBERAL

Al estudiar la vida y milagros del trianero D. Alberto Lista, inmortal poeta, he encontrado en *El Censor*, periódico madrileño del cual era redactor, los brillantes párrafos que transcribo.

«Diremos á los ministros de la religión:—Sed ángeles de paz. Anunciad las verdades eternas; fundad en las almas el reino puramente espiritual de Jesucristo, y abandonad el cuidado de los negocios temporales á quienes la Providencia divina y la razón humana los confían de derecho...»

No atraigáis sobre vosotros la terrible acriminación de turbar en nombre del cielo la tranquilidad de la tierra, por mezquinos y sordidos intereses.

Diremos también á las clases superiores de la sociedad:—No existan ya castas privilegiadas; las virtudes y los talentos son los únicos títulos de superioridad que sufre la actual generación. Sed hermanos de vuestros conciudadanos; sed dignos de su confianza; servid á la patria, y obtendréis la gloria de conservarla, muy superior á las distinciones de la vanidad y al orgullo de las genealogías.

En fin, nos parece una verdad indudable que va á renovarse la faz de la Europa: el desecho universal, los reconocimientos políticos diseminados por todas las naciones lo aseguran. ¿Qué valdrán contra esta masa de fuerza moral los débiles esfuerzos del corto número que goza á costa de la comunidad?

La única carrera gloriosa y segura que les queda, es ponerse al frente de la revolución, dirigirla pacíficamente, evitando las convulsiones, y, sobre todo, la sangre. Cuando á los pueblos no se les concede voluntariamente la justicia que piden, la arrancan con violencia. La táctica de las revoluciones está ya muy perfeccionada, y no hay más medios de evitarlas que la justicia y la moderación.

Lean la generalidad de los modernos sacerdotes, educados en el lujo, en el fausto y la vanidad, y los tiranos, aristócratas del dinero, los anteriores párrafos, y no encontrarán en su espíritu otra cosa que un fondo de humanidad y amor patrio admirable.

Aprendan en ellos á refrenar la ambición que los ciega; «no turben en nombre del cielo la tranquilidad de la tierra, por mezquinos y sordidos intereses; no torturen la pobre existencia del miserable, que es su hermano, y sirvan á la patria para evitarse el bochorno de perderla... Nobles del dinero, ministros de la paz, ha llegado la hora... La táctica de las revoluciones está ya muy perfeccionada...»

Restituid y seréis perdonados.

JOSÉ MUÑOZ SAN ROMÁN

El mercantilismo en el arte

El imperativo económico es el principal motor de la historia. En todas las manifestaciones de la vida se advierte su huella y no podía faltar en el arte.

El problema de la vida material se presenta á los más de los hombres con una intensidad tan vigorosa, que se sobreponen á todo otro sentimiento y crea una especie de instinto, como un eco sordo de las moléculas que forman la trama del ser y que se atraen recíprocamente afirmando en estos movimientos atractivos el deseo firme de vivir.

Más la vida es muy compleja y no reside solamente en este fondo de animalidad. Su biendo un poco se encuentra el corazón, y, elevándose un poco más, se llega á las nobles regiones donde se forja el pensamiento.

Y esto es el problema: saber subir desde el fondo de animalidad á las alturas ideales, templar el imperativo económico para hacer obra desinteresada, que es la sola eficaz y duradera en ciencia, en política, en religión, y, sobre todo, en arte. Lo más heroico del carácter de Don Quijote es aque-

lla noble elevación con que se expresa y obra cuando Sancho suscita la cuestión de intereses.

Yo creo que esta es la floración del progreso, la suma creciente de desinterés que se desarrolla en el alma de los hombres, la humanización de la lucha por la vida, la afirmación de ese instinto animal que nace de la atracción molecular y se desborda al exterior en actos de egoísmo, si el corazón y la inteligencia no tienen suficiente vigor para urbanizar al individuo y dictarle la gran ley moral que establece la supremacía del sentimiento benévolo y de la idea sobre el instinto.

Si algo hace al hombre superior al bruto, es la facultad de emanciparse de la vida material por la vida moral, de redimirse de su baja animalidad elevándose á las cimas donde corren los aires puros é ideales de la vida, los bellos sentimientos, la atracción, no de los elementos anatómicos, las unidades moleculares, el egoísmo individual, sino la atracción de las unidades sociales, de los hombres entre sí, y derivar de esto toda una ética social y un arte verdaderamente humano.

Es el interés un eco del instinto; imposible hacer nada fecundo ni nada grande en arte, mientras sea interesado. Por eso pienso que toda esa legión de literatos, músicos y dancistas que siguen á remolque la estulticia de la multitud, halagándola en su ignorancia y en sus más torpes pasiones para que el halago repercuta en el trimestre, hacen obra vana, obra de instinto económico, que es la brutal extirpación del instinto animal, inconciliable con el arte, que sólo surge en la serena floración de la vida cuando se ha logrado apaciguar la ruda animalidad que hay en el seno de la materia.

Si es cierto que esta raza española de hidalguetes se distingue por su aspiración hacia la idealidad forjándose una concepción especial de la vida, eterna Dulcinea de nuestros amores, hay que convenir también en que contamos con muchos Sanchos que saben atenerse á las espumas trimestrales. En los teatros de la Corte y fuera de ella se pasea triunfante la más venerable inepticia. Dedicáanse los jóvenes aprovechados á esta novísima carrera, carrera de baquetas para el arte, en la que no hacen falta méritos ni estudios, que saben ya bastante si saben tocar la tecla al público, sirviéndole el artículo á la medida como horteras diligentes que han tomado al arte por mostrador y por fonda de salarios.

T. ORBE

¡QUE SE CASEN ESOS CURAS!

En el periódico *El Cantábrico*, de Santander, se ve un anuncio de esos que pasan sin denuncia del Fiscal de S. M. no obstante tratarse de un delito, pero... con cura.

Un pobre padre de familia invita á las personas que tengan conocimiento del paradero de su hija, se lo manifesten; y, como datos, dice, además del nombre y circunstancias de la niña, que ésta se hallaba sirviendo en Colindres en casa de don (Fulano) de donde fué sacada por el presbítero don (Mengano) coadjutor que ha sido de varias parroquias en esta provincia, sin que se sepa que es lo que de ella hizo.

Es indudable que este padre ha acudido al anuncio en la prensa después de agotar otros medios de investigación, sin lograr más que sonrisas sardónicas y chistes desvergonzados.

¿Que donde está la justicia? ¿Que esto no puede suceder en un país medianamente civilizado? ¡Bah!... ¡sensibilieras! Por la misma frecuencia que suceden casos análogos, la impunidad incita, la costumbre sanciona y ya nadie hace caso de eso.

No ha mucho sucedió un caso parecido, y como se trataba de una familia de posición, toda la policía y la Guardia civil se puso en movimiento, infructuosamente; ha-ta que, después de mucho tiempo, la desgraciada fué encontrada en un convento de monjas, recién parida; y aunque los padres acusaban, la hija negó ante los tribunales que fuese el cura el autor del desaguisado ó guiado; la sacaron de aquella santa casa, entregándola á la familia en tan saludable y honroso estado, y todo quedó impune.

Por cierto que ocurrió un lance tan cómico, que hizo desternillar de risa hasta á la misma estatua de la justicia.

Buscaba la Guardia civil por todas partes á la expresada individuo, fugada en estado interesante con su confesor, y tienen confidencias los dos la benemérita de que en una aldea entraban con gran misterio gallinas, chocolates y otros regalos nada propios en casa pobre; sospecharon, fueron á la casa, y efectivamente, se apoderaron de una joven que acababa de parir hacia poco tiempo. Ella negaba ser la que buscaban, pero los guardias, viendo ciertas coincidencias, no se dejaron engañar y la condujeron detenida ¡pobrecilla!

No era la buscada; era otra víctima de otro cura... Pero ¿qué le importaba esto á la justicia? Nada. No pasemos adelante, más... ¡que se casen los curas, ó que los supriman!—B. A.

Santander 4 Febrero 900.

Juergas clásicas

La corte de los Faraones no gozaba de una noche de sosiego desde que tenía la gloria de hospedar al héroe de Filipos. ¿Sería porque los pobres egipcios, acostumbrados alternativamente a la férula de sus reyes propios y de los generales romanos, temiesen entonces los atropellos de aquel rudo soldadote? ¿Sería porque les turbaba el sueño el robo militar y el alarde de las legiones aperebiéndose para la batalla que constantemente se daban los mal avenidos triunviros de Roma? ¿Sería porque velaban, arma en mano, para evitar la sorpresa de los reyezuelos bárbaros concitados por el astuto Octavio contra su querido compañero Antonio? ¿Sería porque aguardaran la aparición repentina de las escuadras de Pompeyo?

No; nada de eso era esperado ni temido. La paz reinaba por entonces en Alejandría. Marco Antonio, llevado primero de sus obligaciones y sujeto después por su pasión amorosa, escogió la ciudad egipcia para residencia y descanso de sus campañas políticas y militares.

Habían encontrado allí el placer un nido, la cúpula un palacio real, el escándalo un trono, la desvergüenza una corona que la autorizara, la corona de los Ptolomeos, y una espada que la defendiera, la espada vencedora de los Partos.

Antonio y Cleopatra, dos ébrios de amor, jugaban con el mundo y se burlaban de los dioses. Antonio perdía reinos y provincias a besos y abrazos; Cleopatra perdía a Antonio a carecadas y chistes de su ingenio peregrino.

Alejandría era teatro público de aquella gran borrachera. Por eso los alejandrinos no disfrutaban de una noche de sosiego ni de un sueño tranquilo. Sus regios señores se entretenían en alborotar las casas y escandalizar las calles.

¡Aquellas si que eran juergas monumentales! Su grandeza correspondía a la grandeza soberana de los juerguistas.

La juerga fue, no ya un extravío accidental y pasajero, sino una institución pública, puesto que para practicarla con toda regla de arte se estableció *Comunidad de vida inimitable*, sociedad de gentes tan alegres como elevadas que se convidaban por turno recíproco a festines y escándalos. Beodo hasta tambalearse; disfrazado unas veces de esclavo abyecto, vestido otras con la túnica blanca franjeada de púrpura, insignia de su jerarquía; coronado algunas con la diadema de la reina de Egipto, Antonio corrataba de noche las calles, mofándose de los transeúntes, aporreando las puertas y llamando a las ventanas de las casas.

Acompañado en tales correrías Cleopatra, vestida también ora de esclava, ora con la túnica de su amante y ciñendo su espada, ora con el traje sagrado y los atributos religiosos de la diosa Isis.

Después de escandalizar las casas honestas, visitar los lupaneres, azotar a las muchachas, luchar a brazo partido con los siervos y beber con los perdidos, se volvían al Palacio, no sólo incoñables y respetados, pues frecuentemente llevaban chichones y señales de golpes que los regios juerguistas se administraban por sus manos, ó recibían de las ajenas. Lo cual, lejos de enojarlos, los divertía, porque daba perfecta verdad a la bajeza de sus entretenimientos. Y lo cual enseñaba además que entonces los juerguistas no eran inviolables, por alta que fuera su dignidad, y que la gente de bronce tenía el buen humor de seguir las bromas hasta con sus soberanos.

¿Se quería bronca? Pues bronca para todos. ¿Farsa? Pues farsa hasta lo último. Los soberanos se bajaban hasta la chusma y gentualla? Pues la chusma se subía a las barbas ya entreceñas del triunviro romano y a los pelos codiciados de la reina gitana.

Estas juergas callejeras empalmaban siempre con otras palatinas. Bien antes, ó bien después de ellas, se verificaban las cenas monstruosas en que, aparte de los otros manjares, se servían ocho jabales enteros para cada doce personas. El exquisito filete corría allí como si fuera agua del Nilo, y el agua se tomaba como si fuera medicina, con cuentagotas.

Aquellas orgías no tenían ni la honestidad hipócrita del secreto, aunque se celebraban en los aposentos interiores del palacio real.

Los comensales eran pocos, pero escogidos entre la flor y nata de los altos erapuleos. Asistían habitualmente Domicio Enobarbo, general y amigo de Antonio, Potino, el eunuco, y Bira, inseparable compañera del alma y del cuerpo de Cleopatra.

Allí el héroe de Roma, el caudillo triunfador, el emulo de César, el antiguo sacerdote de los Augures, el tribuno que en el Senado y en el foro dominaba a patricios y plebeyos, el que compartía el imperio romano, el descendiente de Ilétreus, arrastraba por los suelos sus glorias y dignidades, cuanallaba su elocuencia con juecudados groseros, y desfiguraba la arrogancia varonil de su persona, encorvándola sobre el trípode al peso de la embriaguez, y humillándola a las plantas de su mancebo, hasta hacerle cosquillas en ellas.

Allí también la gran prostituta coronada, no tan hermosa como la leyenda la imagina, pero más inteligente, culta y refinada que todas las mujeres de su tiempo, alcatargaba con el hechizo de su voz musical y atontaba con los donaires agudísimos de su conversación al rudo general, a punto de convertirlo en un degenerado, incapaz hasta del valor de matarse por su mano cuando venido y deshonrado llegó el trance en que los hombres grandes se deben a la muerte.

Y allí, en fin, por colmo de degradaciones, el emperador y la reina se complacían en oírse llamar Baco y Venus. Parecían lisonja de su impudor; y considerando el exceso a que lo llevaban, tal vez el mismo Baco y la misma Venus se habrían mostrado agraviados antes que envaneidos por la adopción.

Aquella vida era una juerga perpetua. Juerga para vivir desenfrenadamente y juerga para morir bellamente. La juerga carnavalesca es la juerga fúnebre. Porque es de advertir que, además de la asociación de vida inimitable, se instituyó en Alejandría otra comunidad de la muerte dulce, cuyos asociados se comprometían a morir a un tiempo entre festines y lujurias, y por procedimientos que despojaran a la muerte de su horror natural, de sus dolores y aun de las contorsiones que afean el rostro.

En esa comunidad ensayó Cleopatra la virtud y gracia singular que los áspides del Nilo tenían para matar artísticamente con un suave alomacamiento que se llamaba la vida sin exterior de agonía ni desfiguraciones de la carne.

Pero aquellas eran a lo menos juergas de gigantes. En ellas se aniquilaban cerebros de poderosa inteligencia, se prostituían corazones de indomable valor, se quemaban lauros gloriosos, se jugaban imperios y se fundían cetros y coronas. Cleopatra perdió la suya, y Antonio perdió la del imperio romano, que hubiera seguramente cenido en lugar de Augusto.

Esas juergas han merecido, siquiera por su grandeza, pasar a la historia, mientras las de ahora quedan a lo sumo oscurecidas en las hojas histórico-penales de los archivos policíacos.

EUGENIO SELLES

«Los jesuitas han estado en Igúzquiza celebrando misiones, y ni siquiera se les ha ocurrido ir al pie de la sierra para rezar un responso por las víctimas del furor carlista y del fanatismo religioso allí inmoladas.»

Esto dice *El Porvenir Navarro* de Pamplona, y a fe que no adivino si habla en broma ó en serio.

Rezar los clericales por los arrojados en la cima de Igúzquiza, sería añadir el insulto al crimen, y merecería que la Guardia civil se presentase milagrosamente junto al agujero terrible, y, sirviendo a la justicia, fusilase a los que allí estuvieran, por haber profanado las tumbas de sus víctimas.

UNA VOZ AUTORIZADA

Hace pocos días hubo en la plaza de Madrid lucha de liecas con un toro, quedando éste vencedor.

El papá de las liecas, para evitar no sé qué, ó para decidir a una leona rezagada, disparó un tiro, ó varios, y adornó con perdigones la cara de veintitantos partidarios de la regeneración por medio de los toros.

Mucho bueno han dicho algunos periódicos sobre el salvaje espectáculo; para mí, lo mejor ha sido el artículo que Luis Morote ha publicado en *El Pueblo* de Valencia, fustigando a la prensa que ha condenado el acto bárbaro, siendo ella la que lo ha hecho posible. A ese artículo pertenecen estos párrafos:

«No hay manera de leer los periódicos en cualquier lunes de los que siguen a la Pascua de Resurrección, porque en ellos no hay espacio más que para las orías concedidas a los diestros, para los sublimes volapés con que los adictivos escandalosamente pomposos con que bautizan a los espadas, llamándolos Califas, Emperadores, Cesáres y Papas de la fiesta nacional. Y las mejores plumas y los ingenios más soberanos adquirirán cartel en las letras españolas a condición de relatar en prosa y en verso, con mil galas artísticas, los hechos y los dichos, las hazañas y la historia de los que en nuestra tierra ejercen la soberanía y la majestad sobre el público. Y la literatura en boga, la que se presentará como modelo, la que hará ganar a sus autores mejores sueldos, es la que se empleará en tan míseros y groseros asuntos. Y en el teatro todo el género chico que ha dejado sin trimestres a las producciones de algún fuste ó enjundia dramática, tendrá por tema y asunto principal los lances del flamenguismo. Y las revistas y hasta los periódicos diarios darán fama y cartel a los que pinten mejor las escenas de la chulapería andante. Y se habrá creado un gusto y se habrá moldeado un alma a las presentes y a las futuras generaciones, que nos convertirá, como nos está convirtiendo, en ese pueblo al que tras de tan abominable «educación» de sus instintos, todavía nos atrevemos a llamar imbécil y salvaje.»

«Es acaso el pueblo culpable de que lo hayan hecho así? ¿Qué parte intelectual y moral le han dado? ¿Qué es lo que le han dicho que es bueno y loable en veintitantos años de restauración? ¿Qué es lo que priva y ha privado en el periódico, en la revista, en el teatro? ¿Pues que, no le hicieron creer que el distintivo mayor de superioridad literaria era el saber introducir hasta en el lenguaje del salón ó de la academia ó del Parlamento la grosera jerga de los toros? ¿No está infestado, pervertido, encanallado su espíritu? ¿Lo que forma su ambiente educativo no se había de reflejar en sus costumbres y dárles un tinte de asquerosa ferocidad? ¿Es el pueblo causante, ó es, por el contrario, víctima de lo que con notoria injusticia, tras de haberlo creado, se llama su barbarie?»

«No declamemos, ni nos insultemos a nosotros mismos por sucesos como el de la tarde del viernes. A poca diferencia la multitud en todas partes es igual, cruel, sanguinaria, insensible al dolor, sin respeto a la vida humana. La piedad, signo último y supremo de toda civilización moral, no existe, no puede existir en un país envanecido por la prensa que se estila. Esa prensa que habla de regeneración y de cuyas columnas repletas de prosa chulapera ó insustancial se expide un vaho industrialista que forma clientela y excita el grito de los domingos ó fiestas de guardar: ¡Eh, a la plaza! ¡Pueblo, cuanto más vil seas, más nos comprarás! ¡La regeneración empieza! ¡Y te llamaremos imbécil ó salvaje, sin perjuicio de no tener un renglón de amonición para los señoritos que escandalizan ni una protesta para los subterfuges que nos apalean! ¡Te regeneraremos hablándote sin comentarios del Niño Jesús que se le aparece al encuadernador! Y en tanto celebraremos los millones del Guerra y dejaremos que Vico se expatrie ó se muera de hambre ¡Oh la regeneración! ¡A cuántos habría de comprender! ¡Y cómo se necesitaría un Sanatorio moral para las clases directoras!»

Está retratada de mano maestra la prensa de gran circulación; esa que ha combatido a los gobiernos monárquicos, pero no al régimen; la que ha favorecido al torero que embrutece y al fraile que degrada; la que ha amparado muchas injusticias y no ha vibrado enérgica contra grandes ignominias; la que ha sido eco fiel de la opinión envilecida, en vez de haberla guiado.

Comienza a purgar sus faltas. A tiempo de remediarse está. Haga un esfuerzo sobre sí misma, y responda a la misión que le está encomendada. De lo contrario, quizás no esté lejano el día en suene para ella la hora de Cavite y Santiago de Cuba. Son muchos los que, señalándola, exclaman ya: «¡Ahí está la principal causa de nuestra degeneración.»

Predicando sobre el robo un cura en una iglesia de Pamplona, dijo: «*El robo se comete de mil maneras; una de ellas es cobrar caro el género de las tiendas, ó pesar y medir mal lo vendido. Este robo no lo castiga el código, Dios, sí; pero se puede alcanzar su perdón comprando una BULA DE TRES PESETAS.*»

Horteras que os sintáis ladrones por dentro, ¡a robar sin cuidado! Por tres pesetas quedaréis habilitados para entrar en el cielo.

¡Y luego dicen que la moral va siempre unida a la religión!

EL INDULTO A LOS DE MONTJUCH

He aquí el texto:

«Art. 1.º Las penas de reclusión, cadena perpetua, presidio y cualquiera otra de privación de libertad que estén sufriendo en los presidios a cárceles del reino los condenados en las causas seguidas en Barcelona con motivo de los atentados de la Gran Via, del teatro del Liceo y calle de Cambios Nuevos, se conmutan por las de excomulgación perpetua ó temporal, según sus grados.»

Art. 2.º Los ministros de la Guerra y Gracia y Justicia, oyendo, si lo estiman necesario, a los respectivos tribunales sentenciadores, resolverán las dudas que en cada caso pudiere suscitar la aplicación de esta gracia, según la diferente situación de los penados respecto del cumplimiento de su condena.

Art. 3.º Se otorga indulto de toda pena principal y accesoria a todos los reos que sufran condena de cualquier género por razón de alguno de los delitos cometidos con ocasión del ejercicio de los derechos individuales garantizados por la constitución en las dos secciones 1.ª y 3.ª del capítulo 2.º, título 3.º, libro 2.º del Código penal, con la sola excepción de lo que pueda afectar a la acción privada ó a las indemnizaciones ó derechos que correspondan a terceros interesados.»

Este es el decreto hipócrita que ha dado al gobierno creyendo que así matará la opinión revisionista.

Ha sido una gran torpeza la de alejar de España a esos desdichados. Ya que no por ser de justicia, debió permitírseles vivir en ella, para que no fuesen, como irán ahora, llevando al extranjero ecos de nuestra crueldad y barbarie.

Ni justos ni previsores han sido los gobernantes. Imitan en esto a Cánovas, que acaso viviera a estas fechas si algunos de los atormentados en Montjuich no hubieran soliviantado la opinión en el extranjero y exaltado el cerebro de Angiolillo.

Es una gran desdicha esta de no tener en España ni un hombre de Estado siquiera.

Teatros y templos

Los curas de la iglesia de San Eustaquio, París, han anunciado en la sección de teatros de los periódicos, que en aquel templo se celebrarán audiciones musicales, y han repartido prospectos haciendo constar que durante la celebración del espectáculo se retirará del tabernáculo el Santo Sacramento.

Un empresario de teatros, protestando de esta extraña competencia, ha recurrido al presidente del Gobierno haciéndole presente el abuso que se comete celebrando en las iglesias espectáculos profanos por dinero, (de dos a doce francos la entrada).

El clero—dice el empresario—solo puede disponer de las iglesias para las ceremonias y funciones del culto, y es escandaloso que se permita otra clase de explotación.

No tiene razón ese empresario. Que haga el una iglesia y la explote con los espectáculos que quiera, el de can-can inclusive. La industria es libre. Nada de trabas. O contrate, si le parece, curas que alternen con los cómicos, y celebre novenas, conciertos, rosarios, piezas cómicas, todo mezclado. Desde que la religión no es negocio puramente espiritual, cualquiera puede ponerla al servicio de sus intereses personales. Nada de privilegios.

Por mi parte aplaudiría a los curas, aun cuando exhibieran en los templos animales raros, figuras de cera, niños con dos cabezas, y toda clase de fenómenos.

Después de todo...

Cosas Literarias y Artísticas

DRAMA DEL DIA

(PROLOGO)

La escena se desarrolla junto a la puerta de un baile público. Dos jóvenes costureras que se retiran del taller, sostienen animada conversación presenciando la entrada de los que van a divertirse.

Una de ellas—Mercedes—tiene modales desen-

vultos y sonríe muy a menudo con pícarosa expresión. La otra—Julia—habla y acciona con encantadora sencillez, y no se atreve a mirar a los hombres que le dirigen chicleos.

Mercedes.—Tu timidez es ridícula... ¡Anda, vamos a entrar!

Julia.—Mamá está esperándome...

Mercedes.—Le dices que hemos tenido que hacer un trabajo extraordinario.

Julia.—No, no... Podría ir a enterarse...

Mercedes.—No seas tonta, criatura, ¿cómo ha de sospechar de una cosa tan natural y tan corriente?

Julia.—Además... con este traje...

Mercedes.—Estás muy bien; ¿crees que este es un baile de etiqueta? ¡Anda! nos marcharemos pronto. Unas cuantas vueltas por el salón, y a casa.

Julia.—Si solo tardáramos media hora...

Mercedes.—No tardaremos más; te lo prometo.

Julia.—Pero...

Mercedes.—No seas tonta. Estamos perdiendo un tiempo preciosos...

Julia vacila aún. Mercedes, cogiendo el brazo de su amiga la arrastra suavemente hasta el vestíbulo.

Entran.

ACTO PRIMERO

Interior de una habitación amueblada con sencillez y extraordinario gusto. Sobre una mesa, y en completo desorden, varios libros por cuyos títulos es fácil comprender que pertenecen a un estudiante de Derecho.

El poseedor de los libros y del corazón de Julia, habla con ésta. El tema de la conversación es conocidísimo.

—¿Es verdad que me quieres mucho?

—Más que tú a mí.

—¿Imposible!

—¿Acaso no te he dado pruebas?

—Te las he dado yo mayores... y te las daré mientras viva.

—¿No me engañas?

—No pongas en duda mi cariño, porque me harás mucho daño.

—¿Luciano mío!

—¿Julia de mi alma!

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior. Un hombre llama a la puerta.

—¿La señorita Julia?

—Yo soy. ¿Qué desea?

—Entregarle esta carta.

El hombre se va. Julia rasga el sobre precipitadamente y lee:

«Mi querida Julia: Voy a ocasionarte un disgusto; las circunstancias me obligan a ello.

«Ya sabes que he terminado mi carrera. Pues bien; mi familia me llama, y yo ¡ay de mí! no tengo más remedio que acudir al llamamiento de mi familia.

«Te juro que ese ¡ay de mí! ha sido acompañado de un suspiro arrancado por la pena que me causa nuestra separación. Pero el deber es ante todo... como dicen en las comedias.

«Adiós, querida Julia... Ten la seguridad de que siempre recordaré con mucha alegría y sentimiento las horas de felicidad que has proporcionado a tu Luciano.»

«Pasada.—El alquiler del cuarto está pagado hasta fin del mes próximo. Todo lo que hay en él es tuyo. ¡Adiós!»

Al terminar la lectura de la carta, Julia se tambalea, extiende los brazos y cae al suelo sin conocimiento.

ACTO TERCERO

Cinco años después.

La gente se agolpa a la entrada de una casa de humilde apariencia. Oyense diálogos por el estilo:

—¿Pero ¿qué ocurre?

—Pues que una costurera jovencita que vive en el segundo interior, ha ahogado a su hijo.

—¿Qué horror! Merece que la lleven a la guillotina.

—No lo crea usted. Parece que la infeliz cometió ese crimen sin darse cuenta de lo que hacía, abrazando a su hijo loco de desesperación porque el pobrecito se estaba muriendo de frío y de hambre.

—Disculpas, y nada más que disculpas.

—Vivía en la mayor miseria por no encontrar trabajo... Dicen que ha sufrido mucho desde que la abandonó un tunante después de engañarla.

—¡Bah!...

—Y desde que vive en esta casa no ha dado el más leve motivo para que duden de su honradez...

Las conversaciones quedan de pronto interrumpidas. Todas las miradas se dirigen a la puerta, en la cual aparecen dos polizontes llevando casi en brazos a una joven delgada y pálida que no puede tenerse en pie.

Los curiosos se dividen en dos bandos. Unos lanzan sobre la joven exclamaciones hostiles; otros la contemplan con lástima.

ACTO CUARTO

En una sala de lo criminal de la audiencia. Esta en el uso de la palabra el representante del ministerio público.

«Señores jurados: El crimen que vais a juzgar es uno de esos que comenten con lamentable frecuencia los seres que no tienen la suficiente fuerza moral para dominar sus pasiones y sus malos instintos. La conciencia nos impone el deber de ser inflexibles con los autores de hechos tan monstruosos.

«¿Qué circunstancias reúne la culpable para ser acreedora a vuestra compasión?... ¡Ninguna! Es una bagabunda, cuyo verdadero estado civil no conocemos por haberse ella negado obstinadamente a revelar su nombre... Declara llamarse Julia Muller, pero no presenta documentos que acrediten su personalidad... Esa obstinación es, desde luego, una prueba de la falta de sentido moral de la acusada.

Habéis tenido ocasión de observar también, señores jurados, que la culpable no ha querido responder a las preguntas que el dignísimo señor presidente le dirigió hace pocos minutos, con el fin de averiguar los móviles que la impulsaron a la realización del espantoso crimen... A esas preguntas ha contestado con sollozos, hijos de la vergüenza y del remordimiento.

Señores jurados: no pienso molestar mucho vuestra atención, porque estoy seguro de que impondréis a la acusada el severísimo castigo que merece. Pero antes de terminar mi breve discurso he de hacer algunas consideraciones acerca del infanticidio en general y del caso concreto que hoy me obliga a cumplir mi penoso deber.

El infanticidio, señores, ataca a la sociedad y a la familia en su misma base... etc., etc.

ACTO QUINTO

En casa de don Luciano de Verdiere, fiscal sustituto.

—¡Hola, señor Hardi! ¿A qué debo el placer que me proporciona su visita?

—Vengo a dos cosas; en primer lugar a darle la más cordial enhorabuena por su discurso de ayer. Estuvo usted admirable.

—Dispense usted, amigo mío; fui yo quien quedé admirado de su oración forense.

—Inferior a la de usted, y la prueba es que la salida condenada mi defendida... En nombre de ella vengo precisamente, y este es el segundo objeto que me trae a esta casa.

—En la cual se le recibe y se le recibirá siempre con el mayor cariño.

—Mil gracias... Lle aquí la carta que esa pobre joven me ha entregado, suplicándome con lágrimas en los ojos que la hiciera llegar a manos de usted.

—Si usted me permite...

—Le dejo a usted entregado a su lectura... Tengo una vista dentro de media hora y no me puedo detener.

Se despiden; sale el señor Hardi, y el fiscal sustituto lee lo siguiente:

«Señor fiscal: la mujer que gracias a usted fué ayer condenada, ha sufrido tanto que no es ya ni sombra de lo que era hace cinco años y algunos meses... No es extraño que usted no reconociera a Julia Dumas... etc.»

EPILOGO

De la Revista de los Tribunales: «...Esta causa de infanticidio sirvió para que hiciera su debut un joven de mucho porvenir, el señor Luciano de Verdiere. Su oratoria es brillanteísima, y cuantos ayer le oyeron estaban conformes en asegurar que su carrera será una serie no interrumpida de gloriosos triunfos.»

PIERRE VERÓN

En una partida que figura en el libro segundo de bautismos de la parroquia de San Agustín de la Palma (Gran Canaria) al folio 40, se lee *que el día 25 de Noviembre de 1534, fué bautizado en esta parroquia de San Agustín de la Palma, un niño, a quien se puso por nombre Adán, hijo del Arcediano (un canónigo y dignidad) un miembro del alto clero) de Puerteventura, don Diego Sanchez Gózon y de su ama, Inés Telles. Fueron padrinos el dean don Juan de Marcon y el Maestre escuela don Zoilo Ramirez... etc.»*

Esta partida desmiente a los que creen que los clérigos han echado casi siempre sus hijos a la Inclusa, ó no se han atrevido a reconocerlos.

Un recuerdo cariñoso al Arcediano y papá, y a los canónigos que en el bautizo intervinieron.

¡CÁNDIDAS!

Se incomodan algunas mujeres de mi pueblo conmigo, porque sólo de mí, que no exploto a ninguna por ningún concepto ni me propuse jamás tal infamia, ni me acuerdo de ellas para nada malo, oyen verdades sencillas, pero como tales, ciertas.

Si las llamo cándidas, me responden: ¡herege!; si sencillas: ¡demonio!; si inocentes: ¡granujal! Y saben todas que no soy nada de lo que me llaman con inusitado é *infiltrado* enojo.

¿Cómo no voy a designar con el adjetivo de cándidas, nada ofensivo ni aun por la intención, que no existe, a las mujeres que denuncian a su confesor los defectos de su esposo, a las hijas que cuentan las debilidades de su padre, las intransigencias de su madre y las ligerezas, propias de la edad, de sus hermanos?

¿Cómo no las voy a llamar sencillas, si por su sencillez conocen y pregonan sus directores espirituales, y desde sitio inabordable, todas las flaquezas de nuestra defectuosa humanidad?

¿Y cómo no considerarlas inocentes, si por su inocencia nos vemos obligados los hombres a ocultar a nuestras mujeres los afectos más íntimos del espíritu, los propósitos más atrevidos del pensamiento, materializado en bien exclusivo de la propia familia y de la humanidad en general, teniendo que ser a la fuerza reservados y previsores con el fin de evitar la publicidad del secreto confiado a los íntimos é íntimas por quienes le recibieren confidencial é inocentemente?

Y en el orden fisiológico, cándidas, inocentes y sencillas son en su mayoría.

Hace unos días se quejaba una paisana mía de dolor de cabeza, *debido* al tufo que había dejado la luz eléctrica al apagarse.

Aquí podíamos repetir las conmovedoras palabras pronunciadas por fray Jerónimo de Praga al ir conducido para ser quemado de orden de la Iglesia en nombre de Dios, viendo a una viejecita que con mano trémula se apresuraba a echar leños en la evangélica hoguera preparada para ser aquel achicharrado vivo: «¡Santa sencillez!» [Mil veces pecaría el que abusara de ella!]

Ellas creen, por asimilación de faldas ó de manteos, cuanto las dicen, y creen ley divina a la celestiasia, que a nadie ni a nada obliga. Dura *lex, sed lex*; mas es la civil, es la del Estado, que, mala ó buena, obliga a todos para sostener aquél, la familia, el orden y la nación.

El 20 por ciento vemos que el 60 de los cristianos, cogidos por el error y engañados por su ignorancia, y el 20 restante por cálculo ó conveniencia, calumnian y persiguen a los buenos y amparan y protegen a los malos y a los hipócritas, al igual que lo hacen esos Doctores, Maestros, Directores y Pastores que sólo aman a sus ovejas por la lana.

J. PARAMIO

Valladolid.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores a *El Motin*

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo. LOS REYES SON M